

MEDITA
CON NOSOTROS

AD
VI
EN
TO

△ C R F C E N T △ R
L △ M F D I D △ D F
L △ V I N D △
C R I S T I A N A △



La vida nueva en Cristo es el proyecto de vida de cualquier cristiano. Esta vida nueva se nos ha regalado como una promesa en el bautismo. Y así como nace una semilla y crece una planta con el tiempo, así va desplegando la vida cristiana cuando es afectada continuamente por el amor de Dios Padre. El discípulo de Cristo, de hecho, contiene dentro de sí la presencia de una fuerza -el Espíritu Santo- que lo va impulsando a progresar en esa vida nueva; en ese nuevo proyecto de humanidad cuya medida es Cristo. Y el camino que recorreremos los cristianos para acoger la vida nueva en Cristo es un proceso humano en el que actúa la gracia de Dios.

Durante el tiempo litúrgico del Adviento se abre, año con año, un pórtico en la Iglesia, un gran ventanal, por el que entra la vida, la luz, la gracia y el amor de Dios en la humanidad en general y, en particular, en el corazón de cada persona que está dispuesta a recibir al Señor que viene. En la primera Alianza el pueblo de Israel esperaba el Mesías, que vendría como rey, profeta, sacerdote, liberador. Y Dios, que siempre cumple sus promesas, en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo nacido de una mujer, nacido bajo la ley. El que iba a venir, no faltó a la cita.

Aquel que vino encarnándose en la condición humano, Jesús, el Señor, antes de marcharse después de su Pascua, dijo que estaría con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos. También está viniendo continuamente cada vez que alguien le abre el corazón y le hospeda en su interior como a su Dios y Señor. Y aquel que, tras su Pascua, se marchó, dijo que volvería para llevarnos a todos a donde él está.

El tiempo de la Iglesia es el tiempo que transcurre entre la primera venida del Salvador y su segunda venida, que ocurrirá al final de los tiempos. ¿Cuándo? Solo Dios lo sabe, pero vendrá con poder y gloria para establecer definitivamente su reinado. Entonces el mal será completamente aniquilado y la muerte sometida, el miedo cancelado y las injusticias resultas, la desesperación superada y la tristeza transformada en alegría. En el entretiem po, es decir, entre la primera venida y la segunda venida del Salvador, los cristianos estamos convocados a progresar en la vida nueva en Cristo; a ampliar en nosotros la medida de Cristo hombre.

El Adviento como tiempo litúrgico nos dispone a acompañar el camino del Dios inmenso que se hace pequeño, frágil, pobre, hombre, para que los seres humanos descubramos cómo desde lo pequeño y frágil de la condición humana se abre un camino para aspirar a lo grande, a la plenitud, a la felicidad, a la



santificación. Dios se hizo hombre en Cristo Jesús para que los hombres llegáramos a ser hijos en el Hijo por un don de su gracia. Y el camino es la humanidad de Cristo, que solo la pueden transitar como camino, verdad y vida los humildes de corazón.

En este sentido, el apóstol san Pablo escribió a la comunidad de Éfeso: *“Doblo las rodillas ante el Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra. Que él se digne, según la riqueza de su gloria, fortalecernos internamente con su Espíritu, que Cristo habite en nuestros corazones por la fe, que estemos arraigados y cimentados en el amor, de modo que logremos comprender, juntos con todos los hermanos, la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, que conozcamos el amor de Cristo”* (Efesios 3,14-21).

Para este Adviento de 2024 te proponemos revisar lo que san Pablo llama la profundidad, la altura, la anchura y la longitud de tu vida cristiana; esa es la nueva medida del cristiano en Cristo. La profundidad está relacionada con el encuentro personal con Cristo; la altura, con la celebración de la fe que nos mueve a elevar el corazón hacia Dios; la anchura, con la vida de comunidad, es decir, con la expansión de la caridad entre los hermanos; y, por último, la longitud, con el compromiso y la solidaridad, es decir, la complicidad en el Espíritu para que el Reinado de Dios se extiende entre los más pobres y necesitados.

En la primera semana de Adviento se insistirá en la importancia de preparar el corazón para el encuentro con Cristo, que viene. En la segunda propondremos avivar la fe a través de la participación consciente y activa en las celebraciones del Adviento; será un buen momento para acercarse al sacramento de la reconciliación. En la tercera semana hablaremos de abrirse de corazón a los hermanos, de resolver conflictos, de diluir rencores y tensiones, y de recomponer la unidad de la familia y de la comunidad cristiana. Por último, en la cuarta semana se invitará a descubrir el rostro y la carne de Cristo en son los pobres. De esta manera llegaremos a la Navidad habiendo hecho experiencia de lo que dice la primera Carta de san Juan: *“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él”* (1 Juan 4,16).

Fabián Martín Gómez, agustino recoleto

